

Entrevista a Lía Stella Brandi

Universidad Nacional de Cuyo

lbrandi@yahoo.com

Por Lorena Cruz¹

A lo largo de tu trayectoria como investigadora has desarrollado investigaciones desde la perspectiva etnográfica socio-crítica y latinoamericana ¿qué particularidad asumen?, ¿qué rasgos la distinguen de otras etnografías en otros contextos?, ¿cómo la caracterizarías?

La mayor parte de esas investigaciones las realicé en equipo con docentes investigadoras de la UNSJ. Aprovecho esta oportunidad para hacer un especial reconocimiento a Marité Berenguer, Nelly Filippa, Eli Schiattino y Blanca Benitez, compañeras de trabajo y amigas del alma. Recuerdo que, a fines de los 80, llegó a nosotras un texto mimeografiado de Elsie Rockwell, etnógrafa mexicana, “Reflexiones sobre el proceso etnográfico”, lo leímos y comentamos en profundidad, tratando de situar estas reflexiones en los contextos socioeducativos que deseábamos investigar. Ya habíamos realizado anteriormente un Taller de Educadores bianual que tuvo muchas características propias de una investigación-acción participante, en una escuela rural de San Juan. Ese taller nos generó varios interrogantes,

¹ lcruzgarcette@ffyl.uncu.edu.ar Instituto de Ciencias de la Educación. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo.

especialmente en relación con el currículum oficial y el conocimiento que circula efectivamente en las escuelas.

Estas experiencias fueron decisivas en la construcción de nuestros marcos de referencia que tomaron como eje la perspectiva socio-crítica latinoamericana de la investigación educativa, que propone E. Rockwell, orientada a documentar las voces y las prácticas de los que menos tienen, así como las condiciones en que se realizan. Elsie Rockwell directora del Departamento de Investigación Educativa del Instituto Politécnico Nacional de México, estuvo siempre presente, a través de sus publicaciones, en nuestras investigaciones, en nuestros intercambios, en la toma de decisiones. En esta línea también somos deudoras de reconocidas investigadoras como Elena Achilli, de la Universidad Nacional de Rosario. Elena fue nuestra maestra; durante años viajamos a la ciudad de Rosario para entrevistarla y plantearle nuestras dudas, fue sumamente generosa con nosotras. Ella nos enseñó a focalizar, durante el trabajo de campo, en aquellas prácticas educativas vinculadas con nuestros interrogantes iniciales. También leíamos con avidez las investigaciones de Verónica Edwards, etnógrafa chilena, vinculadas con las formas del conocimiento en el aula. Gracias a una invitación que nos hizo, tuve la posibilidad de hacer una Maestría en Investigación Educativa en Santiago de Chile. Estamos siempre agradecidas de estas mujeres a quienes, parafraseando a Berteley Busquet, reconocemos como “etnógrafas pioneras que siembran futuro inscribiendo las voces silenciadas”. Compartimos también con Graciela Batallán, Gloria Edelstein, Silvia Duschtazky, Mónica Maldonado y muchas otras investigadoras de nuestro país, sus propuestas de iniciar el acercamiento a la realidad educativa recuperando los aportes de la investigación socio-antropológica.

Siguiendo la teoría social crítica de Habermas, y las propuestas de la pedagogía radical, sabemos que la etnografía crítica se inscribe en un

paradigma emancipador. Esto significa que el conocimiento que se construye desde esta perspectiva responde a un interés emancipador, se trata de emancipar a las personas, incluidas nosotras como investigadoras y a la comunidad educativa toda, de cualquier tipo de presión o adoctrinamiento: cultural, histórico, político, religioso.

Existen diversos enfoques etnográficos, distintas maneras de hacer etnografía. Algunas responden a perspectivas positivistas, que buscan generalizar comportamientos sociales, a partir de la búsqueda de regularidades. Existen también perspectivas interpretativas que buscan documentar para comprender e interpretar los significados que los actores otorgan a sus prácticas. Para nosotras, hacer etnografía significó documentar lo no documentado, realizar descripciones analíticas que dieran cuenta de las tramas de significados y prácticas que realizan los actores sociales en relación con los contextos socio-culturales en que se inscriben y construir teoría crítica de una cultura particular, la cultura escolar. Entendemos que la cultura escolar se construye con lo que decimos y lo que hacemos y también con aquello que silenciamos y/o dejamos de hacer, sin dejar de lado las condiciones históricas y socioinstitucionales que operan como fuerzas que posibilitan u obstaculizan las prácticas educativas en las escuelas.

Desde esta perspectiva entendemos que no es posible captar y describir la realidad tal cual es, ésta existe, sin duda, pero solo podemos describirla e interpretarla a través del lenguaje, la realidad social está mediada por el lenguaje, nacemos en un mundo “hablado”, en un mundo interpretado. La estructura de semejante lenguaje nunca es neutral, ni única. Esas interpretaciones explicitan nuestras visiones de mundo o marcos referenciales, éticos, epistemológicos, ontológicos, y por lo tanto, son múltiples, diversos, cambiantes, contradictorios, algunos hegemónicos y otros silenciados. Si bien formamos parte de esta realidad, y participamos en su construcción mediante nuestros discursos y prácticas, como

investigadoras además intentamos construir un objeto teórico que explique y deleve cómo se construye social y culturalmente esa realidad.

En otros términos, y para terminar, hacer etnografía es designar los procesos sociales que investigamos, darles un nombre, conceptualizar la práctica sin negarla, teorizar sin esfumar los datos. La producción de un texto etnográfico constituye, en este sentido, una fusión de horizontes: el del sujeto interpretado y el del intérprete, el entramado histórico y cultural dentro del cual adquiere sentido dicha acción y el modo en que se construye el discurso pedagógico dominante en la cultura escolar. La finalidad es conocer y comprender esta cultura para poder transformarla.

Sabemos que has participado dentro del paradigma emergente en investigaciones tanto etnográficas como de investigación – acción participante. Desde tu experiencia, ¿qué posibilidades y aportes creés que hacen al campo de la educación?

Creo que en América Latina los aportes a la educación de ambas formas de investigar han sido y son muy valiosos. En mi trayectoria hice etnografía durante muchos años y solo en los últimos años de mi carrera participé en investigaciones de acción participante, como docente investigadora de la UNCuyo. Debo decir que disfruté y me sentí más segura mientras hice estudios etnográficos, tal vez porque aprendí a investigar desde esta perspectiva. El trabajo de campo y el análisis de la información recabada, en un trabajo de ida y vuelta, nos resultaba fascinante. Las observaciones y nuestros registros etnográficos que acompañábamos con grabaciones, usando los grabadores “tipo periodista” (tener uno o dos en el equipo era un lujo), nos permitían hacer las “desgrabaciones” o transcripciones “yendo y viniendo” en el grabador, eran horas y horas de trabajo. Recuerdo que en un curso que dimos para profesionales universitarios, un ingeniero me dijo: “Profesora lo que usted hace es como recoger el agua del mar con una

cucharita". Por muchos años utilicé esa metáfora para aludir a la etnografía, ya que entiendo que es precisamente eso, trabajar con la particularidad, con la singularidad y en profundidad, para buscar sentidos y construir un conocimiento que luego permita comprender otras prácticas educativas en contextos socio educativos similares o diferentes. El agua que contiene una cucharita es única por el lugar donde fue recogida, las condiciones climáticas del momento, la composición específica y única de sus elementos, etc., pero remite a un universo mayor, el mar (para continuar con la metáfora) y no puede ser estudiada sin tener en cuenta los complejos comportamientos naturales propios de los océanos.

Desde esta perspectiva, no se buscan regularidades, tampoco construir generalizaciones, por el contrario se trata de realizar descripciones analíticas que den cuenta de las singularidades, las particularidades, lo diverso y lo plural, las diferencias y las contradicciones, el conflicto entre posturas encontradas o contrapuestas. Se trata de buscar el qué y el para qué de tales configuraciones culturales, y develar aunque sea en parte, cómo estas tramas producen, reproducen o resisten la cultura dominante y el orden social establecido. En esta línea en América Latina contamos ya con un importante corpus teórico resultante de múltiples investigaciones en el campo de la educación. Los estudios etnográficos han aportado valiosos conocimientos sobre la cultura escolar, disponemos de información relevante y situada acerca de lo que sucede en nuestras escuelas y sistemas educativos, en contextos socioculturales diversos.

Si bien hemos propiciado la acción interpretativa, a través de la reflexión sobre las prácticas y en este sentido hemos ganado camino, en los últimos años más precisamente en las dos primeras décadas de este siglo, hemos empezado a cuestionarnos nuestra tarea como investigadoras e investigadores. En principio advertimos que, aunque desde la teoría se insiste en la necesidad de no abrir juicios en investigación cualitativa, la

lectura interpretativa en ciencias sociales siempre conlleva evaluación y juicio. Pudimos observar también que en las prácticas existe una distancia entre lo que decimos y lo que hacemos, entre el enunciado de principios y valores y la manera de concretarlos, por eso nos pareció tan necesario develar la distancia entre la teoría y la práctica educativa. Comprendimos, además, que la emancipación que propone el enfoque crítico debe realizarse mediante los propios entendimientos y actos de los actores y la búsqueda de la autonomía personal. Cuestionamos también la división de tareas entre investigador e investigado, propia de los enfoques interpretativos, que coloca al docente en el lugar de “aplicador” de teorías construidas por otros. La ciencia social crítica en cambio es un proceso de reflexión que exige la participación del investigador en la acción social que se estudia, o que los participantes se conviertan en investigadores.

Por tales razones, en los últimos años hemos intentado proponer acciones más atrevidas y emancipadoras: trabajemos en las escuelas, con los docentes, con los estudiantes y con los padres y pensemos todos juntos en el lugar que tenemos en el mundo social y cómo cambiar las prácticas y condiciones que afectan nuestras vidas. Ya sabemos del gran riesgo de querer imponer nuestras concepciones, ya nos enfrentamos con ese desafío en los estudios en profundidad y aprendimos a respetar y visibilizar las concepciones, las ideas y las prácticas de todos los actores institucionales, incluidas las nuestras. Busquemos un diálogo fecundo con los otros, respetemos su palabra, valoremos su cultura, construyamos un conocimiento que nos involucre y nos emancipe a todos, un diálogo intercultural a partir del reconocimiento de la dignidad de todo ser humano. Elaboremos entre todos proyectos de acción educativa, siguiendo esta espiral de planificar, actuar, reflexionar, etc. “Pensar mientras hacemos” como dice Ana María Zoppi.

Entendemos que es tiempo de asumirnos como docentes investigadores e investigadoras, y me refiero a todos los docentes de todos los niveles educativos. Constituirnos en hacedoras de conocimiento educativo, en comunidades autocríticas de investigación, comprometidas en acciones colaborativas de transformación educativa. En los últimos años he conocido y participado de valiosas experiencias en este sentido, en nuestro país y en otros países latinoamericanos. Se trata de múltiples y diversas redes de educadores que conforman el Colectivo Argentino de educadores y educadoras que hacen investigación desde su escuela, en el que participan docentes de todos los niveles del sistema educativo. Estas redes tienen por finalidad poner al sujeto frente al compromiso de construir efectivamente ese mundo que declara querer construir y se ha extendido por los territorios local, nacional e internacional, ámbitos donde convergen voces diversas y plurales para compartir prácticas pedagógicas en la escuela y en la universidad.

En este momento sabemos que estás descansando de tu intensa trayectoria académica pero si te tuvieses que pensar hoy en el contexto actual de confinamiento obligatorio por COVID-19 como investigadora ¿Qué mirarías y cómo? - Muchas veces hemos visto que la investigación educativa desarrollada desde el ámbito universitario suele poner la mirada en su contexto cercano dejando otros contextos y campos sin indagar. Frente a esta realidad, ¿qué tendría que investigar hoy un investigador educativo buscando los lugares de vacancia?

Desde una perspectiva ideológica y política orientada a la construcción colectiva de un conocimiento crítico y emancipador, entiendo que es la comunidad educativa toda, y con ello me refiero a todos los actores institucionales del sistema educativo mismo, quienes deberían constituirse en la fuente de temas o áreas de vacancia. Una comunidad atravesada por diversas problemáticas tiene mucho qué decir: relatos de sus prácticas,

denuncias de conflictos institucionales, opiniones diversas sobre cuestiones educativas, que es necesario indagar para construir un conocimiento situado y crear las condiciones estructurales necesarias para construir una escuela más crítica y más justa. Es por ello que propongo un trabajo colectivo tanto en la definición de los problemas a estudiar como en los procesos mismos de investigación. Como docentes investigadoras/es de la universidad, deberíamos tender un puente con todos los docentes de los distintos niveles del sistema educativo, abrir las puertas de la universidad para enriquecernos con sus relatos y propuestas, y/ o ir al campo en busca de las problemáticas y sus actores, mediante convocatorias amplias, asambleas, talleres de educadores; procurando siempre superar las jerarquías y subordinando los intereses técnicos a consideraciones éticas. En este sentido entiendo que hay al menos dos condiciones para trabajar colaborativamente: el grado de compromiso, con los demás y con el conocimiento, de todos los miembros del colectivo, y la decisión individual y grupal de participar con total libertad y respeto por el otro, a través del diálogo, el debate, la argumentación y la confrontación.

Creo que la Universidad junto a otras instituciones del sistema educativo que quieran sumarse deben constituirse en promotoras de la constitución de redes o colectivos de docentes investigadores en todos los niveles educativos. Estas redes pueden ser definidas como sistemas de organización horizontal de docentes que hacen investigación en la escuela y que nos permiten reconocernos como iguales. Como ya dije, existen numerosas redes de docentes en nuestro país, son instituciones no formales, no estatales, sin fines de lucro. No exigen afiliaciones, participa el que puede y quiere. Se trata de construir algo diferente: incluirnos todos en igualdad de condiciones, para construir una pedagogía orientada a producir un conocimiento potente capaz de transformar el sistema educativo hacia formas de educación más justas y liberadoras.

Finalmente y para no dejar de responder la pregunta acerca de las áreas de vacancia y sólo a título personal (que debería ser debatido con otros educadores), entiendo que la pandemia ha puesto de manifiesto graves problemas del sistema educativo, en particular la desigualdad social que atraviesa la escuela primaria, secundaria y la universidad. En nuestras investigaciones hablamos de circuitos escolares diferenciados y documentamos las diferencias. La pandemia ha dejado al descubierto una vez más la existencia de tales circuitos o recorridos escolares diferenciados. Tal vez suene desafiante pero creo que en nuestro sistema educativo público sigue habiendo escuelas para ricos y escuelas para pobres. Los hijos de una empleada doméstica, salvo contadas excepciones, desisten de ingresar a las escuelas de la universidad porque consideran que esas escuelas “no son para ellos”. Habría que estudiar los modos particulares de hacer docencia de modo virtual, en distintos contextos pero especialmente en contextos de pobreza urbana y rural y por supuesto, en el marco de las políticas educativas actuales. Indagar acerca de esta nueva cultura escolar: padres devenidos en docentes y la casa devenida en escuela; la yuxtaposición de la escuela y la familia, en distintos contextos socio-culturales. EL papel de la mujer y el hombre y las formas de enseñar y aprender. Como áreas de vacancia hablaría de: Virtualidad y desigualdad social. Desigualdad en la formación docente: circuitos de formación diferenciados. Tecnología e inclusividad educativa. La formación docente en contextos virtuales. La educación no presencial o a distancia en contextos de pobreza urbana. El rol de la familia y en especial de las mujeres en la educación de los hijos. Los nuevos escenarios escolares, como nuevas formas de distribución del poder simbólico.

Para terminar, creo que la más urgente área de vacancia en investigación educativa, es el trabajo colaborativo y sin jerarquías, orientado a la construcción de un saber pedagógico capaz de transformarnos como docentes investigadores y de transformar nuestras prácticas para que tanto

docentes como estudiantes podamos reconocer la naturaleza social, y en este sentido política, del pensamiento y de la acción.